

ROSSANA REGUILLO

Cuatro ensayos de comunicación
y cultura para pensar en lo
contemporáneo



UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA LEÓN

Universidad Iberoamericana León

RECTOR

Ing. Carlos Alberto Sebastián Serra Martínez

DIRECTOR GENERAL ACADÉMICO

Mtro. Arturo Mora Alva

DIRECTOR GENERAL DE SERVICIOS EDUCATIVO-UNIVERSITARIOS

Mtro. David Martínez Mendizábal

CONSEJO EDITORIAL

Mtro. David Martínez Mendizábal

Mtro. Guillermo Tapia García

Mtro. Héctor Gómez Vargas

Ing. Juan Carlos Gutiérrez Ayala

Lic. José Trueba Dávalos

Lic. Aída Ledezma Muñiz

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE CIENCIAS DEL HOMBRE

Mtro. Héctor Gómez Vargas

CUIDADO EDITORIAL

Lic. Aída Ledezma Muñiz

Lic. M. Esther Bonilla López

D.G. Hanya Woge Flores-Polo

DISEÑO EDITORIAL

D.G. Juan Carlos Mata Ruiz

PROCESBAC, Universidad Iberoamericana León
Boulevard Paseo del Jerez Norte #1640, León, Gto.
Apartado Postal 26, C.P. 37000

Índice

Cuatro ensayos de comunicación y cultura para pensar en lo contemporáneo	5
El contexto y las atmósferas	7
Gestión del riesgo y saberes expertos	13
La crisis en los sistemas de representación... la política	18
Nuevos actores y protagonismos: La ciudadanía	27
Investigadores, ¿para qué?	33
Bibliografía	37

Cuatro ensayos de comunicación y cultura para pensar en lo contemporáneo*

El campo de batalla del siglo XXI enfrentará al fundamentalismo con la tolerancia cosmopolita. En un mundo globalizado, donde se transmiten rutinariamente información e imágenes a lo largo del planeta, todos estamos en contacto regular que otros que piensan diferentemente y viven de forma distinta que nosotros. Los cosmopolitas abrazan esta complejidad cultural. Los fundamentalistas la encuentran perturbadora y peligrosa... Podemos confiar legítimamente en que triunfe una actitud cosmopolita

Anthony Giddens (Un Mundo desbocado)

Pocas tareas hay tan gratas como prestar la voz para “bienvenir” un proyecto, un afán, un quehacer, una ilusión. El olor a nuevo es siempre una posibilidad, un viaje de futuro. Pero ya sabemos que todo nuevo comienzo, todo punto de partida, es siempre un punto de llegada, es decir, es siempre el pasado el que nos coloca en posición y condición de andar. Esta nueva maestría a la que hoy arribamos, tiene alma antigua, por ello, por la paradoja que siempre significa pensar el tiempo más allá que la sucesión lineal de días y acontecimientos, este hueco

* Conferencia pronunciada en agosto de 2000 en la UIA León, a propósito de la inauguración de la Maestría en Comunicación, programa coordinado por el Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO, y el Departamento de Ciencias del Hombre de la UIA León.



de presente que aquí se abre, no puede ignorar sus deudas con el pasado ni los desafíos futuros.

¿Cómo pensar un proyecto universitario que conjunta los mejores esfuerzos de dos instituciones, sin inscribirlo decididamente en diálogo con el contexto social, con las diferentes crisis que enfrentamos; con las aspiraciones y angustias, con los deseos e incertidumbres de una sociedad en un efervescente proceso de reconfiguración? Nada habrá valido la pena, si la universidad y los universitarios que la alientan y la animan, abandonan el proyecto de inventar, en su sentido etimológico de in-venire, “hacer venir” la sociedad que queremos.

Es en este sentido, que quiero ubicar estas palabras en el género en el que mejor se dejan contar las incertidumbres que nos desvelan: el ensayo, en tanto construcción abierta de sentido, en tanto propuesta tentativa, en tanto empresa reflexiva. Se trata del ensayo alrededor de cuatro asuntos que considero cruciales de cara a las transformaciones sociales y sus implicaciones para el pensamiento. Se trata de una discusión en torno a la gestión del riesgo, como primer tema, a la crisis en la escena política, a la ciudadanía y el sentido del trabajo del investigador y analista de la cultura contemporánea.

Para ello, me parece fundamental trazar un pequeño mapa de las atmósferas y contextos sociales, que son al mismo tiempo insumo para la reflexión y escenarios para la acción.

El contexto y las atmósferas

La modernidad latinoamericana, cuya etapa de arranque, con diferencias y matices, puede ubicarse en la década de los treinta¹, se hizo a partir de la importación de patrones y modelos exógenos que comportaban su propio régimen de legitimidad. México, Argentina, Brasil, como los ejemplos más acabados de este proceso, asumieron que el acceso a la modernidad implicaba la “aceleración” de la industrialización y de la tecnología. Es en esta etapa cuando se da la transfiguración de las ciudades del continente, la migración del campo a la ciudad, que se explica en buena medida por el empobrecimiento estructural del campo, debido al tipo de modelo de desarrollo urbano-industrial privilegiado por los países de la región y, traducido a los flujos de inversión para el desarrollo de las áreas que algunos estados nacionales latinoamericanos consideraron prioritarias. Este proceso, además de las implicaciones económicas, generó las condiciones para el surgimiento y extensión de un imaginario que fue configurando los sistemas de valoración y legitimidad de las sociedades: la ciudad por encima del campo; la industria modernizada por encima de los modos de producción artesanal y familiar; el centro frente a la periferia y la exaltación de una clase media profesional, ilustrada que sería la responsable de hacer el sueño de esa modernidad, una realidad.

¹ Para un análisis fino de la modernidad en el continente ver Martín Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*. FCE, México, 1995.



La forma urbana y la industrialización como el entorno ideal, administrado desde un centro fuerte por unos operadores altamente calificados, encarnó el ideal del progreso, que en México terminó por convertirse en sinónimo de modernidad. Lo que quedó por fuera, espacios, prácticas y actores, pasaron a la descalificación por inutilidad. El país todo, se convirtió en la capital del país, por metáfora y por voluntad política.

Así, la realidad que hoy se experimenta no agota su explicación en el llamado “neoliberalismo”, sino en un largo proceso histórico que favorece que la lógica del mercado y el proyecto neoliberal avancen - no sin tropiezos- en el país.

Los retos para una sociedad incluyente, demandan remontar no sólo años sino siglos de historia y de provocar la reflexividad² de la sociedad. Es decir, desmontar los mecanismos que le otorgan a un orden social un sentido “natural”.

Y hay que hacerlo en este contexto. Según datos de la CEPAL, el número de latinoamericanos y caribeños en situación de pobreza -210 millones- es hoy más alto que nunca en términos absolutos. Pese a las diferencias nacionales, en los primeros cinco años de esta década, 84 de cada 100 nuevos empleos en la región corresponden al sector informal y en este momento 56% de los ocupados en los países de la región, realizan actividades en este sector. La distancia entre los

² Por reflexividad, la sociología constructivista entiende el proceso de “pensar el pensamiento con el que pensamos”, en otras palabras, hacer conscientes los mecanismos a través de los cuales percibimos y atribuimos valores. Ver por ejemplo, P. Bourdieu y L. Wacquant, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. Grijalbo, México, 1995) y J. Ibáñez, *El retorno del sujeto. La investigación social de segundo orden. Siglo XXI, Madrid, 1994*.

ingresos de profesionales y técnicos y los de los trabajadores aumentó entre el 40% y el 60%, entre 1990 y 1994.

Estimaciones gruesas, calculan el déficit regional de viviendas en 50 millones de unidades y se calcula que este déficit crece a razón de 2.7 millones por año, debido a la formación de nuevos hogares. Para completar este cuadro regional, la CEPAL ha calculado que para mejorar la educación preescolar y escolar, sería necesario una inversión adicional del 3.9 % del Producto Interno Bruto, lo que a juicio de los expertos rebasa las posibilidades presupuestarias de los países de América Latina (CEPAL, 1995).

Así pues, en conjunto, América Latina ha producido más pobres en las últimas dos décadas que en toda su historia; tenemos más pobreza, menos oportunidades de empleo formal, un crecimiento acelerado de las economías informales y una brecha creciente entre la población con acceso a condiciones dignas de vida y los que viven en situación de pobreza. No hay empleos, no hay viviendas, no hay educación de calidad.

Junto a la tecnología de punta, de los tratados para el libre comercio, Latinoamérica se desliza hacia lo que la misma CEPAL, denomina los escenarios de la "pobreza dura". Una pobreza que se expresa no sólo a través de indicadores económicos, sino especialmente a través de la biopolítica³, que traduce a exclusión social

³ Por biopolítica se entiende, siguiendo a Foucault (1978), quien se refirió al "biopoder", principalmente al sometimiento del cuerpo a una disciplina que lleva a la optimización de sus capacidades y al incremento de su utilidad. Puede verse también a este respecto a Agnes Heller y F. Fehér (1995), y los planteamientos sociolingüísticos de Teun Van Dijk, a propósito del análisis ideológico (1996).



algunas categorías socioculturales como el género, la edad, la etnia, la religión y la pobreza, que, desde ciertos discursos pierde su condición estructural para transformarse en categoría de identidad.

Resulta difícil procesar el dato que señala que el Producto Interno Bruto con paridad de poder de compra, sea para los hombres mexicanos de 12 216 dólares frente al de las mujeres que es de 4 594 dólares. Que 8 de cada 100 mexicanos no sobrevivirán los cuarenta años por las condiciones estructurales del país, que 29 % no tiene acceso a servicios mínimos de salubridad y que el PIB per capita para el 20 % más pobre del país es de 1437 dólares, mientras que el del 20 % más rico es de 19 383 dólares. Hoy, 34% de los mexicanos viven por debajo de la línea de pobreza, según datos del PNUD.

La discriminación racial, la segregación residencial, el incremento de la violencia, el aumento de los casos de justicia por la propia mano, son apenas algunos de los indicadores que señalan que el tejido sociocultural se está reconfigurando en sus formas de interacción, de integración y de gobernabilidad.

A este panorama hay que añadir la emergencia de unas fuerzas ubicuas y crecientemente poderosas, cuya actuación clandestina es, paradójicamente, visible en prácticamente todos los niveles y esferas sociales: el narcotráfico y el crimen organizado.

Actualmente el costo de la política mundial antidroga asciende a 3 mil millones de dólares, mientras que se calcula que el dinero blanqueado por el narcotráfico alcanza la cifra de 200 mil millones de dólares y se estima que las ganancias que genera el narcotráfico son

del orden de los 500 mil millones de dólares que se mueven en los mercados de capitales internacionales.

El narcotráfico se monta sobre las estructuras tradicionales de relación social y desde ahí extiende sus dominios, que crecen en relación directamente proporcional al deterioro socioeconómico de nuestros países. A la miseria hay que añadir como “ayudantes” del narcotráfico, a la corrupción y a la impunidad, que campean tanto en el sector privado como en el público.

Muchos medios de comunicación han encontrado en estas realidades una mina altamente productiva para explotar no sólo en los noticieros y espacios “informativos”, sino en los géneros “nuevos” como el reality show y el talk show, que cuentan con impresionantes niveles de audiencia.

Sin embargo, no se trata aquí de hacer apología “de la catástrofe”. Pese al dramatismo de esta realidad, es en este mismo contexto donde emergen novedosas y ricas propuestas organizativas, se generan distintas solidaridades y el estatuto ciudadano adquiere nueva fuerza y vitalidad, como el elemento central que puede fortalecer las frágiles democracias, como espacio de convergencia para la voluntad colectiva de acción.

De la comunidad tribal a la megalópolis, en el largo viaje de la historia, los grupos sociales han buscado diferentes mecanismos para enfrentar la fragilidad y vencer el miedo.

Gestión del riesgo y saberes expertos

Del mágico amuleto protector a la constitución del Estado, la historia de la humanidad ha sido la historia de la larga búsqueda para contrarrestar los efectos de las fuerzas que amenazan, de diferentes maneras, la permanencia, la estabilidad, la certeza de la vida.

En la modernidad, a la fragilidad de los cuerpos, perseguidos por la enfermedad, por las impredecibles fuerzas de la naturaleza y por la violencia de otros cuerpos, se responde con la ciencia y con el aparato jurídico de Estado.

A la fragilidad del pacto social, amenazado permanentemente por la disidencia, por la rebeldía, por la ruptura individual o colectiva, se responde con instituciones de socialización (en su fase preventiva), con instituciones reguladoras del conflicto (en su fase política) y, con instituciones de control (en su fase punitiva).

A la evidencia de un progreso que se revierte sobre la humanidad, expresado principalmente en el deterioro del medio ambiente y en el surgimiento de nuevas amenazas traídas de la mano por ese mismo progreso, se responde con la refundación de la ciencia y de la tecnología. Hoy, por ejemplo, el discurso sobre el desarrollo sustentable, asume el rostro de un amuleto protector contra la fragilidad. Si Mary Shelley, tuvo que matar a su creatura para restablecer el equilibrio y

señalar la inutilidad y el riesgo de desafiar a la naturaleza, la opción hoy puede ser menos drástica: Frankenstein puede ser dominado.

A la fragilidad del cuerpo social, amenazado por la pobreza, el atraso, la ignorancia, se responde con la técnica, con la ingeniería política y social. En el plano moral, ese mismo cuerpo social, que se percibe amenazado por la corrupción, la pérdida de sentido, por el trastocamiento de valores y por una violencia incontenible y amorfa, se responde mediante la expansión de los dispositivos de vigilancia, donde el Estado pierde su centralidad en el ejercicio de la violencia legítima.

A la fragilidad del espíritu y de la mente, la ciencia moderna responde con disciplinas especializadas; las iglesias, con doctrinas, mandamientos, consejos y penitencias. El mercado, con productos materiales y ofertas culturales a la medida del consumidor aquejado por malestares difusos.

A las viejas y persistentes fragilidades, se suman nuevos riesgos, propios del estado actual de la civilización y la cultura. Riesgos que “suelen permanecer invisibles... por lo que sólo se establecen en el saber (científico o anticientífico) de ellos, y en el saber pueden ser transformados, ampliados o reducidos, dramatizados o minimizados, por lo que están abiertos a los procesos sociales de definición” (Beck, 1998;28).

Ahí, donde la psiquiatría o el psicoanálisis, ahí, donde el consejo carismático y la fe, donde las instituciones balbucean intentos de respuesta, donde la tecnología no logra anular los efectos de los rayos

del sol sobre las alas de Icaro, y donde la ingeniería política se muestra incapaz, más allá del discurso, de traer un mundo más humano y más justo; ahí, en ese territorio, escenario de las desapariciones y del vértigo, toma fuerza el miedo y de manera paradójica, también la esperanza.

Un miedo, “liberado de su vergüenza” (Delumeau, 1989; 16) y una esperanza, sin programa.

Esto no deja de resultar paradójico, en tanto que puede argumentarse que la sociedad de fin de siglo avanza en un saber que es capaz de transformar la fragilidad en un riesgo calculado⁴, diferencia fundamental con los periodos premodernos de la historia. Pero en la misma medida, puede constatare el aumento de la brecha entre los llamados saberes expertos (Giddens, 1993) y el ciudadano común, al que debería bastarle, según el principio de distribución social del saber, “confiar” en que desde el ámbito de los saberes expertos se controlan los riesgos. A propósito de este tema, es Beck (1998) el que coloca una cuestión relevante. Para él, hoy, en las definiciones del riesgo se rompe el monopolio de la racionalidad de las ciencias.

Planteado en otros términos, lo que esta ruptura del monopolio del saber legitimado apunta es a la multiplicidad de lógicas, procesos y saberes sociales que se colocan frente a la racionalidad científica desde una racionalidad social de densidad histórica y cultural.

⁴ *Habría que someter a una crítica reflexiva el conjunto de supuestos en los que, desde el poder, se hace el cálculo de los riesgos. En el campo de la economía por ejemplo, la generación de riqueza para los países de la región latinoamericana ha supuesto “la producción de pobreza” como un riesgo calculado.*



Y así, mientras la distancia entre los saberes aumenta y la confiabilidad en las instituciones modernas se debilita, crecen las formas de respuesta que privilegian la eficacia simbólica de los mitos y de los ritos. De cara a los dispositivos modernos para enfrentar la contingencia y reducir la fragilidad, aparece la esperanza. Una esperanza multidimensional, contingente, precaria. Expresada a través de la fe, la creencia, el pensamiento mágico, que centran su poder restablecedor en un objeto, en un ritual, en la confianza no reflexiva.

Los saberes en la sociedad del riesgo, se enfrentan, por diferentes razones, a una oposición binaria, entre la racionalidad del discurso experto, como el logos pretendido de la modernidad, y otras formas de racionalidad: los relatos no-expertos amplificados por los medios de comunicación, que circulan planetariamente y que tienen una característica común: la reducción de la complejidad y el acallamiento de la pregunta por la autenticidad y fiabilidad del informe.

Creo que los medios, especialmente la televisión, han sido capaces de recuperar el "habla mítica" del pueblo, en el sentido de jugar con las ganas de experiencia, con la necesidad de un mundo trascendente que esté por encima de lo experimentado y que sea, paradójicamente, experimentable a través del relato. Avanza, en términos sociales, el caos perceptivo y una sobresimplificación de la realidad.

Considero que una de las tareas fundamentales para el pensamiento y el trabajo crítico reflexivo, es volver visible la brecha entre los llamados saberes expertos y el ciudadano común, en el contexto de una seria erosión en la "confianza" y del desmoronamiento del monopolio de la racionalidad científica, política y en un sentido

general, institucionalizada.

A medida que se aceleren los riesgos, será fundamental contar con un espacio público robustecido, democrático, inclusivo. Tarea que requerirá, estoy convencida, de un nuevo tipo de profesional, que denominaré provisoriamente “historiadores del presente”, una especie de periodistas, que en la sociedad nuevo siglo, deberán convertirse en lo que De Certeau (1995) denominó shifters (transladores) es decir, en operadores del cambio, por su capacidad de poner en circulación discursos y bienes. Al seleccionar, difundir y dinamizar la información, serán parte constitutiva de las nuevas formas de apropiación y transformación de la realidad.

Mirar estos aspectos desde la cultura-comunicación apunta a la pregunta de si estamos trabajando lo suficiente en la “invención” de este nuevo profesionista capaz de activar nuevos significados, de reducir la franja de incomunicabilidad entre los poderes y los ciudadanos, de darle voz y presencia a la diversidad y sobre todo de dinamizar la gestión y la acción colectivas.

La crisis en los sistemas de representación... la política

En uno de sus libros recientes ha dicho Richard Sennet que “si se produce el cambio, se da sobre el terreno, entre personas que hablan por necesidad interior más que a través de levantamientos de masas. No sé cuáles son los programas políticos que surgen de esas necesidades internas, pero sí sé que un régimen que no proporciona a los seres humanos ninguna razón profunda para cuidarse entre sí no puede preservar por mucho tiempo su legitimidad” (Sennet, 2000).

De manera creciente la política ha dejado de ser pensada como una esfera restringida y autónoma, competencia exclusiva de expertos y profesionales, para ser cada vez más pensada en sus articulaciones cotidianas y culturales.

Lo que hoy, desde diferentes ámbitos del discurso académico y social, ha empezado a ser denominado como “ciudadanización de la política”, hace alusión precisamente a la irrupción de otras formas de entender, aunque no necesariamente de asumir, el ejercicio del poder, en las que el ciudadano participa de manera creciente y activa en la fiscalización de las instituciones públicas.

Se habla también de la “culturalización de la política” (Lechner, 1988, Reguillo, 1998), que alude a una creciente visibilidad de la

diferencia cultural como componente central del actual debate público y como elemento fundamental para el ejercicio del poder.

Esta “reconceptualización” no se formula desde un discurso teórico y autoreferencial; abundan las evidencias empíricas que documentan un cambio en las maneras en que la gente, organizada o no, pone en crisis las formas tradicionales de gestión política y da muestras, por una parte, de un profundo desencanto y por otra, de una enorme vitalidad y capacidad imaginativa.

Dos cuestiones resultan aquí importantes, en tanto ejes de lectura: de un lado es fundamental no asumir de manera aproblemática y en una sobre exaltación de la llamada sociedad civil, que el deterioro evidente en los sistemas políticos “inventados” por la modernidad, se traduce necesariamente en propuestas organizativas o en la emergencia de planteamientos críticos por parte de la sociedad; y de otro lado, no asumir el desencanto como un “a priori” del desinterés, desde una visión restringida y normalizada de la política.

Lo emergente no desplaza ni desaparece viejas formas y tradiciones, pero es claro que la emergencia de representaciones y acciones⁵, que a veces se yuxtaponen de manera visible a las prácticas

⁵ *Organizar una tocada de rock a favor de los indígenas desplazados de Chiapas, ¿puede ser considerado un acto político?. Pintar (“rayar”, según el lenguaje de los taggers) los muros del Palacio Municipal, por ejemplo, ¿puede ser pensado como algo más que un “acto vandálico”, como una protesta política? Desde una perspectiva restringida es claro que estas manifestaciones no se insertan como acciones políticas; sin embargo, aquí se trata de penetrar en los significados que los propios “practicantes” poseen en torno a su acción, no para evaluar sino para comprender.*

y representaciones legitimadas por el discurso oficial y oficioso en torno a la política, o que incluso llegan a entrar en franca contradicción y conflicto con éstas, obligan a replantear nuestra comprensión de la política, que pasa, de ser pensada como contenido definido, a ser pensada como un “continente” en el que caben distintas formulaciones y prácticas. En síntesis, la escena pública, en un contexto globalizado de cambios, tránsitos y permanencias, exige mantener un planteamiento abierto que dé cabida a las distintas formas empíricas que hoy tensionan a las sociedades.

En las sociedades complejas, el principio de heterogeneidad no sólo apunta a la diversidad de grupos sociales, discursos y creencias orientadoras que dan forma a los procesos de secularización⁶, sino además, a la multiplicidad de zonas de condensación de poderes, que coexisten y se articulan al poder del Estado, no necesariamente, ni siempre de manera armónica. Estas zonas, están constituidas por diversas instituciones, organizaciones, grupos, o por una mezcla de éstos, que elaboran sus propios discursos de orden que a su vez engendran procesos de socialización secundaria que buscan configurar sujetos afines a esos discursos y legitimar un estado de cosas vigente o deseable, que puede o no favorecer el acuerdo con las aspiraciones, valores, ideologías y acciones del Estado Nacional.

⁶ Si bien comparto como formulación teórica y como planteamiento heurístico de gran potencia, el principio planteado por Martín Hopenhayn, a propósito de la “secularización radical”, en la sociedad contemporánea, en el plano del análisis es importante mantener en tensión la existencia de grandes zonas sociales donde tal fenómeno, el de la secularización, es prácticamente inexistente o muy débil. Ver de M. Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*. FCE, 1995, México; *Tribu y metrópoli en la posmodernidad latinoamericana*, en Roberto Follari y Rigoberto Lanz (comps) *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*. Editorial Sentido, 1998, Caracas.



Indudablemente, México es una sociedad compleja, por más que persistan dispositivos y representaciones tradicionales en algunas de sus áreas. El llamado proceso de la transición democrática en el país, puede ser leído como un signo de esta heterogeneidad en el que no sólo está presente la disputa el proyecto de país, sino la lucha por la definición de este proyecto (Reguillo, 1996).

Bajo tal perspectiva, asumir que las formas de percepción, valoración y acción en la esfera pública, se desprenden exclusivamente del Estado y de las instituciones legitimadas por el discurso dominante, no es solamente una reducción sino un error, ya que hoy compiten en y por el espacio público una diversidad de actores que rebasan las formas tradicionales de gestión (partidos, sindicatos, cooperativas, etc.) y de representación política (diputados, senadores, funcionarios públicos) y que desbordan los espacios formales de la política (municipio, estado, federación).

Hay una emergencia de "nuevos" actores o una visibilización creciente de algunos, tales como las organizaciones no gubernamentales, cuyos vínculos cada vez más globales, han obligado a una redefinición del ejercicio del poder⁷; los medios de comunicación, que se constituyen como actores de peso completo en la configuración de representaciones sociales y le disputan, por ejemplo, a la escuela y a la familia, el monopolio de la socialización; las fuerzas del mercado,

⁷ Por ejemplo el trabajo político de algunas organizaciones dedicadas a la defensa del medio ambiente, centrado en el lema "pensar globalmente, actuar localmente", cuyas acciones "localizadas" no sólo buscan un impacto mundial, sino que parten de ese contexto globalizado para darle visibilidad a las acciones locales y para establecer alianzas internacionalizadas.

que, aunque sea por afanes mercadotécnicos, se muestran favorables a los vientos democratizadores en la medida en que puedan garantizar la estabilidad social; los nuevos movimientos sociales aglutinados en torno a un conjunto de reivindicaciones vinculadas a los que Habermas (1989) denomina las “gramáticas de la vida”⁸, ninguno de ellos interesado, en lo aparente, en la toma directa del poder, pero que apuntan de manera contundente a las contradicciones del sistema y descolocan, en sus manifestaciones públicas la gestión tradicional del poder.

Este panorama, de suyo complejo, indicaría que la cultura política no puede centrarse exclusivamente en el dominio cognitivo y práctico de la política formal en sus diferentes manifestaciones. Se trataría, por el contrario, de aprehender las distintas mediaciones que intervienen en la configuración de mapas cognitivos y afectivos que organizan para los actores sociales las representaciones y las acciones en la esfera pública.

No encuentro mejor manera de nombrar los acontecimientos de la escena pública contemporánea que la que los engloba bajo la denominación poco comprometedora de “postpolítica”. Este más allá de la política en la política, sirve para colocar un conjunto de reflexiones cuyos destinatarios no son los actores políticos, ni las empresas mediáticas, sino los ciudadanos o mejor, los “postciudadanos” que han

⁸ Por “gramáticas de la vida”, el autor refiere a las aspiraciones y proyectos vinculados a la cultura, cuyas demandas se articulan no a las reivindicaciones de clase o socioeconómicas, sino a la diferencia cultural (sexual, étnica, religiosa) anclada en las dimensiones de la vida cotidiana y no interesada en la toma del poder. J. Habermas, *Teoría de la acción comunicativa. Prolegómenos y estudios previos*. Cátedra, Madrid, 1989.

venido experimentando de manera creciente la mediatización electrónica del espacio público.

Venimos de unas campañas en las que los signos políticos fueron sustituidos por simulacros efectistas y batalla de ficciones. Sin duda alguna, Vicente Fox es el gran triunfador, no sólo en términos formales, sino, y principalmente, en relación a su capacidad de adaptación a los nuevos vientos que soplan en los territorios de la política (internacional): su dominio de la escena mediática, sus dotes para el slogan (la frase corta y contundente) y su destreza para moverse en el videogame en que se ha convertido la política, lo colocaron muy por encima de sus contrincantes. El próximo presidente de la República, entendió que su mejor aliado en la batalla eran los medios de comunicación, principalmente la televisión.

Sin que esto sea necesariamente positivo⁹, parece ser una tendencia irreversible que los neopolíticos en la era de la videopolítica dominen mejor las cámaras de televisión que el mitin o la reunión cara a cara. El populismo está de regreso, travestido en la tecnología y el lenguaje mediático. La tele (y en menor medida la radio) es vital para ablandar las reservas de los incrédulos y ganarle espacio a las resistencias: quien gobierna a través de y con la tele garantiza el respaldo de las mayorías. Frente al pacto que fundó al PRI y de paso al México “moderno”, sustentado en la alianza con los diferentes sectores, hoy parece que el pacto se fundamenta en la hermandad en “cadena nacional”. ¿Sobreviviría Perón, en un foro de Televisa o TV

⁹ *En tanto la videopolítica es un fenómeno históricamente nuevo, la prudencia obliga a ser cautelosos con los procesos que genera.*

Azteca?, ¿qué hubiera sido de Evita en manos de Alasraki, superaría en rating a Madonna?. Para bien y para mal, otros son los tiempos y la construcción del mensaje político pasa por alejarse lo más posible de la política.

Curiosa y contradictoria estrategia de la postpolítica, entre otras razones, Vicente Fox ganó (y no es un motivo menor) porque parecía el menos político de los contendientes: hoy entre menos político parezca un candidato, mayores oportunidades tiene de convencer a sus públicos.

En este contexto, los adversarios de Fox no lograron sobreponerse a una campaña efectista (pero pobre, en contenidos), que abundó en insultos y ocurrencias, cuya tónica común fue la ausencia del lenguaje político, si se acepta que hablar en términos políticos significa establecer una relación entre fines y medios, medios que deben estar articulados a ciertos valores, que a su vez son los que permiten construir las opciones.

La política, parece haber dejado de ser, salvo pruebas en contra, la forma de construir opciones de acuerdo a un proyecto donde el valor abstracto se concreta en su relación entre los fines perseguidos y los medios para conseguirlos. En la neopolítica lo que se destaca son los fines y el valor abstracto. "Prometer no empobrece". El político en la era de la postpolítica apela a la fe de los ciudadanos. La confianza, que implica un cálculo racional entre la experiencia vivida y la oferta, queda ausente en esta nueva relación fundada en la gesticulación seductora y en la (justificada) complicidad de los teleciudadanos.



De una política de los argumentos, nos deslizamos hacia una postpolítica de la imagen y el slogan, mucho más fácil de procesar que el análisis entre fines y medios.

Mucho se ha avanzado, es cierto, en términos de democracia. El terreno es hoy inédito y la sociedad mexicana cuenta con mayores recursos para ejercer su derecho a ser gobernada con eficiencia, honestidad y justicia social. Ojalá que el conjunto de conquistas en la escena política, no se vean opacadas por la celebración del género “ultra lighth” de la postpolítica televisiva.

Nuevos actores y protagonismos: La ciudadanía

Se hace urgente la necesidad de elaborar una estrategia político-comunicativa que haga posible que los diferentes grupos sociales, en igualdad de circunstancias en relación al conjunto de actores sociales, coloquen en el espacio público su propia voz y su visión-versión de la historia, de la cultura, del mundo.

La visibilización de todo aquello que el proyecto dominante de la modernidad ocultó, pasa, centralmente, por un sistema y un proceso de comunicación desigual. Lo que hoy se traduce en la enorme dificultad de acceso a los grandes medios de comunicación, que obedecen en su gran mayoría a intereses comerciales articulados a proyectos políticos que devienen en procesos homogeneizadores que tienden a “masticar” la diferencia y a convertirla en una mercancía “folklorizada”, “exótica” y por tanto, superficial.

Este mecanismo no es novedoso, es decir, desde siempre las culturas dominantes han tratado las diferencias culturales a través de sus rasgos externos (Giménez, 1997), que se manejan como “curiosidades” sin contexto. Hoy día, sin embargo, el desarrollo tecnológico y la omnipresencia de los medios de comunicación, convierten a esta problemática en un asunto de vital importancia. La creciente interconexión tecnológica entre sociedades, favorece el

simulacro de una conexión y de un intercambio sociocultural, cuando las evidencias empíricas señalan que en los flujos comunicativos globales existen polos dominantes de producción y de enunciación y esto mismo se reproduce a escala nacional y regional. Es indudable que existe interconexión, pero ésta es asimétrica, lo que significa que contar con más medios, con más dispositivos tecnológicos no se traduce necesariamente en más democracia y en mayor equidad.

Este argumento es importante para plantear que una comunicación equitativa no es una cuestión de voluntarismo declarativo, ni de, mucho menos, populismo académico.

Se trata entonces de reconsiderar una estrategia que sea capaz de romper con la automarginación, en el sentido de desbloquear la introyección de la marginalidad¹⁰ y por supuesto, esto tampoco es una cuestión de voluntarismo, sino un trabajo de largo plazo y sin embargo, urgente.

En otras palabras, seguir apostando por la “capacitación técnica” o por “las ganas, sin rigor y trabajo de largo plazo” como posibilidades de acceso al espacio público, sin atender a las transformaciones sociales, a los discursos y recursos de los “nuevos” medios de

¹⁰ *La marginalidad se aprende, se hace piel y mirada. La colaboración del dominado en su propia dominación es el arma política de opresión por excelencia, es un mecanismo a través del cual se expropia a los actores sociales la certeza de su identidad y de su competencia social. Este mecanismo ha sido estudiado por diferentes autores, para un análisis empírico de cómo operan estos procesos, ver R. Reguillo En la calle otra vez. Las bandas juveniles: identidad urbana y comunicación. ITESO, Guadalajara, 1995 (2da. edición corregida).*

comunicación, al análisis y aprovechamiento de las técnicas, formatos y géneros, que le sirven de soporte a la comunicación; pero especialmente, disociar esta tarea de las dimensiones antropológicas de la comunicación, es decir, de los actores sociales, puede terminar por anular el mayor esfuerzo que en estos momentos realizan las sociedades, la búsqueda de un proyecto incluyente, con respeto a la diferencia en la igualdad.

En los procesos de globalización no sólo se han “globalizado” los capitales, los productos, los servicios, se ha internacionalizado la sociedad, como un efecto no previsto por la lógica del mercado. Y hay en esto una fortaleza que puede hacer la diferencia en la lucha por la inclusión, a condición de abandonar cualquier afán redencionista que puede devenir fundamentalismo.

En tal sentido, una tarea urgente para los movimientos sociales y los “cronistas del presente”, es la incorporación en su agenda del tema “ciudadano”. La “ciudadanía” puede constituirse en una categoría clave para articular a la reivindicación cultural las dimensiones nacionales y supranacionales que se están redefiniendo aceleradamente. Es decir, pienso que sería un error de consecuencias graves, que en la búsqueda de visibilidad, legitimidad, justicia y equidad, se aislara de la discusión, de cara al próximo siglo, una cuestión crucial: el entrelazamiento y entrecruzamiento de los distintos planos (local, nacional, global) en que habrán de moverse las sociedades¹¹.

¹¹ Un texto que discute de manera espléndida estos aspectos es el de Renato Ortiz, *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1997.

Pensar por lo tanto, que la comunicación es un proceso y una tarea local y restringida a los ámbitos comunitarios o, que se trata exclusivamente de una cuestión de dominios tecnológicos, es seguir contribuyendo al simulacro de que un activismo en esta línea se traduce necesariamente en democracia. El ciclo de urgencias en que se ha convertido la sociedad contemporánea requiere de la capacidad para moverse en diferentes planos, lo que resulta imposible sin proyecto y sin imaginación.

Lo que importa destacar aquí es que, son los movimientos sociales en su compleja heterogeneidad los que han venido a señalar la insuficiencia de una conceptualización pasiva en la que la ciudadanía parece una concesión de los poderes y no, como de hecho está demostrando ser, una mediación fundamental que sintetiza o integra las distintas identidades sociales que una persona actualiza (mujer, indígena, negro, profesionista, consumidor, espectador, joven, público, homosexual, etc.), para participar con derechos plenos en una sociedad.

El debate en torno a la ciudadanía es hoy día uno de los más vigorosos, tanto en los foros sociopolíticos como académicos, y ello se explica en parte, por la necesidad de re-nombrar un conjunto de procesos de incorporación y reconocimiento social que no se agotan en la pertenencia a un territorio, en el derecho al voto y a la seguridad social, sino que de manera creciente se articulan a la reivindicación de la diferencia cultural como palanca para impulsar la igualdad. Se debate ya una cuarta dimensión de la ciudadanía, "la cultural" (Rosaldo, 1992), dimensión que se ha hecho visible en las luchas políticas de minorías y excluidos de los circuitos dominantes, en donde el reconocimiento a la pertenencia a una comunidad específica, con los derechos y

obligaciones que de ello se derivan, son la demanda central a la que se integran las otras dimensiones, sin anularlas ni contradecirlas.

Así, la ciudadanía aparece directamente vinculada al eje de la inclusión-exclusión. Y, además de las condiciones objetivas que la soportan (instituciones, políticas, servicios, normas) tiene un componente afectivo importante que se expresa en “nuevas sensibilidades” (Martín Barbero, 1998), que reorganizan los saberes tradicionales en un contexto de incertidumbre para ponerlos a funcionar, a veces con un sentido pragmático, a veces altruista, con el objeto de ganar espacios de inclusión y participación.

El desafío es entonces captar los distintos significados, tradicionales y emergentes con que la sociedad dota de sentido a la ciudadanía: la ciudadanía como el ámbito de los derechos civiles (tribunales, leyes, impartición de justicia); la ciudadanía como ámbito de los derechos políticos (democracia formal, democracia representativa y democracia directa); como ámbito de los derechos sociales (servicios de seguridad social); como ámbito de los derechos culturales (inclusión y reconocimiento de la identidad diferencial).

Los cruces que estos elementos permiten aprehender la complejidad de sentidos con que hoy se habita el espacio público.

Investigadores, ¿para qué?

En este nuevo milenio, la universidad con un modelo que se mantiene en pie (un profesor ante grupo, conocimiento centrado prioritariamente en contenidos, educación medida en términos de resultados y no de procesos) ha sido seriamente cuestionada. Entre otras cosas, por la irrupción de los medios masivos de comunicación que se constituyen hoy en verdaderos agentes socializadores alternativos; por el desanclaje espacio-temporal operado por la modernidad avanzada y, especialmente por el agotamiento de los meta-relatos (Vattimo, 1990) que se ven cuestionados desde dentro por la incapacidad estructural de realizar las promesa del desarrollo: por ejemplo, hoy como nunca la incertidumbre del futuro cuestiona la escuela como institución-trampolín para la movilidad social.

La urgente necesidad de pensar la diversificación de instituciones educativas que el nuevo siglo requiere, pasa por replantear el conjunto de operaciones, dispositivos y procedimientos que utilizan quienes desarrollan centralmente tareas encaminadas a la formación de nuevos cuadros de investigadores.

Es decir, se trata de reflexionar -en voz alta- acerca de los curriculums "ocultos" que operan en tanto dispositivos de la re-producción del saber. La trampa suele consistir en pensar que el discurso de la ciencia, de la academia es neutro, ajeno a las pulsiones humanas y a los intereses políticos, por tanto cuando se plantean las dimensiones

subjetivas de la enseñanza-aprendizaje de la investigación, se procede a partir de la “des-subjetivización”, es decir, haciendo desaparecer al «sujeto de la enunciación», a partir de enunciados generales, revestidos de “objetividad”, donde el “saber” del discurso científico actúa desde el “poder”.

Hay una dimensión en la formación de investigadores que no pasa por las determinaciones institucionales, aquélla que, estando entretrejada en las dimensiones objetivas del proceso de transmisión del oficio de investigar, acompaña secretamente el “guión” tanto para los investigadores como para los sujetos en formación.

La intrusión en la escena universitaria y científica de las dimensiones extra-textuales del saber, presagia una crisis (Lourau, 1989; 24), en la medida en que hace aparecer sin disfraces aquellos elementos subterráneos que también dan forma al acto de investigación. Dice Lourau: “No tocar, es el santo y seña de la ciencia positiva, es decir, sagrada, ya que tocar es arriesgarse a ser sumergido en las tinieblas exteriores...”. Pero si la investigación y el análisis de la cultura, es una práctica fundamentalmente cuestionadora y problematizadora, eludir el riesgo de abordar ese conjunto de dispositivos simbólicos, político-afectivos que permean las tareas académicas, es caer en la negación del sentido mismo de la práctica de investigación, ya que no es posible problematizar la vida social sin problematizar al mismo tiempo los mecanismos a través de los cuales se genera un habitus científico¹².

¹² Por habitus se entiende el conjunto de disposiciones lógicas y prácticas para apropiarse del mundo, se trata de esquemas de percepción, valoración y acción. Ver P. Bourdieu, *Estructuras, habitus y prácticas*, en Gilberto Giménez, *La teoría y el análisis de la cultura*. SEP/UdG/COMECOS, Guadalajara, 1987.

Así, el análisis de lo que sucede en la transmisión de ese habitus, no es una tarea secundaria o accesorio, es decir prescindible, ya que buena parte del proceso de formación de investigadores está “contaminado” por esa sucesión de pequeños momentos donde se cruzan palabras y cosas, ideas y sentimientos, conceptualización y observación, adentros y afueras, objetividades y subjetividades.

Qué investigadores/analistas para qué sociedad es una pregunta que indudablemente está vinculada a la distribución social del conocimiento, lo que compete a una discusión en el espacio público; sin embargo, la reflexividad que esta discusión exige partir de las “zonas interiores” que configuran los diferentes campos del saber, de esas “escenas” que por repetidas se asumen como dato dado, como doxa. Solamente cuando el saber recibido puede ser puesto en discusión se generan las condiciones para la emergencia de nuevas comunidades de sentido.

En momentos en que las utopías parecen desdibujadas y la violencia amenaza con expulsarnos hacia lo privado-individual, la comunicación se constituye en una cuestión vital para salir de los ghettos en los que nos hemos confinado.

Es la comunicación, como espacio de conversación y acuerdo intersubjetivo, la que en diferentes ámbitos da sentido a la identidad. El quehacer de una maestría que se propone la formación de cuadros altamente capaces en la difusión de la ciencia y la cultura, se ancla en un horizonte posible, el compromiso colectivo de hacer que la palabra fluya y sea reconocida por los otros.

“Puede que muchas veces tengamos que ser más audaces que cautelosos en apoyar la innovación científica u otras formas de cambio. Después de todo, una raíz de la palabra riesgo en el original portugués significa atreverse...”

Bibliografía

BECK, Ulrich (1998): La sociedad del riesgo : hacia una nueva modernidad. : Paidós, Barcelona, España.

BOURDIEU, Pierre (1987): Estructuras, Habitus y prácticas, en Gilberto Gimenez, La teoría y el análisis de la cultura. SEP/UdeG/COMECOSO, Guadalajara.
- (1995): Respuestas. Por una antropología reflexiva. Grijalbo, México.

CERTEAU, Michel DE (1995): La Toma de la palabra y otros escritos políticos. Universidad Iberoamericana, Plantel Santa Fe (UIA), México.

CEPAL (1995): La brecha de la equidad. América Latina, el Criebe y la Cumbre Social. Programa de Acción de la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social, Cepal, Oficina Regional, México.

DELUMEAU, (1989): El miedo en occidente: siglos XIV-XVIII: una ciudad sitiada. Taurus, Madrid, España.

FOLLARI, Roberto y LANZ, Rigoberto comps (1998): Enfoques sobre postmodernidad en América Latina. Editorial Sentido, Caracas.

FOUCAULT, Michel (1979): Microfísica del poder. Ediciones de La Piqueta, España.

GIDDENS, Anthony (1993): Consecuencias de la modernidad. Alianza Universidad, Madrid.- (2000): Un mundo desbocado.

HOPENHAYN, Martín (1995): Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina. FCE, México.

IBÁÑEZ, Jesús (1994): El regreso del sujeto. La investigación de segundo orden. Siglo XXI, Madrid.

LECHNER, Norbert (1988): Los Patios interiores de la democracia : subjetividad y política. FCE, Santiago, Chile.

LOURAU, René (1989): El diario de investigación. Materiales para una teoría de la implicación. UdeG, México.

MARTIN BARBERO, Jesús (1998): "Jóvenes des-orden cultural y palimpsestos de identidad", en Humberto Cubides y María Cristina Laverde (ed.) Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades. Universidad Central / Siglo del Hombre Editores, Bogotá, Colombia.

ORTIZ, Renato (1997): Otro territorio. Ensayos sobre le mundo contemporáneo. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

REGUILLO, Rossana (1995): En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación. ITESO, Guadalajara.

- (1996): La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación. ITESO, Guadalajara.

- (1998): " Un malestar invisible: derechos humanos y comunicación", en Revista Chasqui N. 64, Quito, Ecuador, diciembre.

ROSALDO, Renato (1992): Cultura y verdad: nueva propuestas de análisis social. CONACULTA / Grijalbo, México.

SENNET, Richard (2000): La corrosión del carácter. Anagrama, Barcelona.

VAN DIJK, Teun A. (1996): Análisis del discurso ideológico, en Versión. Estudios de Comunicación y Política N° 6. UAM-X, México.

VATTIMO, Gianni (1990): En Torno a la Posmodernidad. Anthropos, Barcelona, España.

Fuentes:

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (1999): Human Development report 1999. PNUD, Nueva York.